

“LOS COLORES DE THEIA”

En el año 2183, la humanidad habitaba un mundo gris, literalmente. Las ciudades flotantes se alzaban sobre tierras marchitas, los rascacielos de metal pulido resplandecían con una frialdad sin matices, y el cielo mostraba siempre el mismo tono pálido, casi indistinguible del concreto. Hacía generaciones que nadie podía ver a color. La humanidad había perdido esa capacidad, decían que por una mutación degenerativa en la retina. El origen de aquella condición era un misterio olvidado, quizás castigo, quizás evolución, nadie sabía mucho.

Theia y Líadan, dos hermanos huérfanos, vivían en un orfanato del Sector 12, cercados por muros opacos y reglas inflexibles. Cada día recorrían los vertederos en busca de piezas electrónicas para conseguir algo de sustento. Sus días transcurrían con monotonía, sus noches eran frías. Pero se tenían el uno al otro, y en ese lazo silencioso de afecto, encontraban la fuerza para seguir adelante.

Todo cambió una tarde, cuando Theia trepó un muro metálico en busca de una pieza antigua de gran valor. Al resbalar, cayó y se golpeó la cabeza contra una placa de cobre oxidado. Permaneció inconsciente durante varios minutos. Al abrir los ojos, el mundo ya no era el mismo. Las nubes dejaron de ser simples sombras; el cielo tenía ahora una profundidad imposible de describir, y las chispas del metal brillaban como diminutos soles. Había tonos, matices, vibraciones que antes no existían para ella. Frente a sus ojos, una flor marchita revelaba pétalos azulados. Las lágrimas corrían por su rostro.

Esa noche, recostada en su catre desvencijado, Theia le contó todo a Líadan. Su voz temblaba, intentando poner en palabras aquello que apenas lograba comprender.

—El cielo no es gris, Líadan —susurró—. Es como... un suspiro azul, profundo, sereno. Y las flores... son hermosas. Antes todas parecían iguales, grises, simples... pero ahora, cada una tiene algo único. Y los colores... no sé cómo explicarlo... son como una chispa que enciende todo.

Líadan la escuchaba con los ojos muy abiertos, estremecido por lo que oía. El mundo que ella describía parecía un sueño extraviado, una melodía que solo ella era capaz de escuchar. No pudo dormir esa noche.

Al día siguiente, Líadan comenzó a estudiar los planos del orfanato. Calculaba alturas, materiales, ángulos. Su obsesión creció en silencio. “Si un golpe trajo los colores... quizá otro lo haga también.”

Una tarde, mientras Theia salía en busca de comida, él subió al mismo muro. Midió el impulso, contuvo el aliento... y se lanzó con precisión milimétrica hacia la misma placa oxidada.

Theia llegó minutos después, alertada por los gritos.

Encontró a su hermano tendido, inconsciente, con una grieta roja marcando su frente.

Se arrodilló junto a él, le tomó la mano. Líadan aún respiraba, apenas.

—Lía... —susurró Theia, con la voz quebrada— dime que lo ves.

Sus labios se movieron, apenas.

Y entonces, entre la bruma de sus ojos entrecerrados, una lágrima descendió por su mejilla.

—Es... hermoso... —alcanzó a decir.

Luego, el silencio.

Theia lo sostuvo con fuerza, incapaz de saber si su hermano acababa de cruzar el umbral hacia un mundo lleno de color... o si se había ido para siempre, dejándola sola con el dolor de un mundo que volvía a ser gris.